

FRATERNITÉ

La barbarie habita en lo más profundo de todos nosotros, como individuos y como grupos humanos, y está acechante para recuperar el terreno perdido frente a la civilización en cuanto tiene ocasión. Y las épocas en las que los recursos, la riqueza, no son abundantes, son el mejor momento para que de forma legitimada los que gobiernan vuelva a desplegar sus alas. La crisis nos devuelve a la caverna, al enfrentamiento tribal, a la lucha.

Y si las clases populares orientan su malestar hacia aquellos que vienen a quitarles el trabajo en un análisis que simplifica una realidad mucho más compleja, estas expresiones de descontento se ven azuzadas por muchos de aquellos que nos representan, los que tienen la obligación de dar ejemplo, de tener altura de miras y no sólo una visión a corto plazo. Favoreciendo la xenofobia por un puñado de votos. La mediocridad gobierna nuestras vidas, tenemos políticos mediocres que dan respuestas mediocres a los problemas que estamos afrontando en estos albores del siglo XXI.

Los grandes ideales no alumbran este recién estrenado siglo y sin utopía es difícil que vivamos con ilusión lo colectivo. Sin duda hemos avanzado en lo tecnológicos, pero no en los grandes ideales que sueñan con un mundo mejor, más justo e igualitario. Esa Francia del XIX que alumbró un cambio de rumbo en la Historia, hoy lidera la expulsión de gitanos rumanos, de nuevo clasifica seres humanos, y los estigmatiza asociando su raza a la delincuencia. La ineficacia frente a la crisis, frente al problema que viven miles de familias se compensa poniendo la atención en otros, culpabilizando a otros, una vez más a los más débiles.

En nuestro país tampoco somos ajenos a esta oleada de racismo y de xenofobia. Y las últimas elecciones en Cataluña han dado buena muestra de ello. El ideal político no pone la atención en mejorar las condiciones de vida de las persona, promocionar su desarrollo, sino señalarlos y convertirlos en chivos expiatorios de una crisis de la que los verdaderos responsables, los que hicieron caja en época de bonanza, están impunes. Los desheredados se convierten en la cortina de humo que protege a los poderosos. No hay límites éticos cuando se trata de arañar un puñado de votos y esa visión a corto plazo entraña un gran peligro para la convivencia y el respeto entre los seres humanos. Parece que no queremos aprender de la historia, del peligro de estigmatizar a grupos humanos, a veces parece que tanto dolor ha servido para poco, que no acabamos de aprender.

Evidentemente esos asentamientos son fuente de conflictos, pero como cualquier asentamiento marcado por la exclusión, más allá de nacionalidades y etnias, que es donde se está poniendo el acento. Y realmente esa es la cuestión de fondo que hay que abordar y que los políticos eluden, porque algo habrá que hacer cuando perviven grupos humanos marcados por la incultura y la precariedad vital en todas sus manifestaciones. Y no sólo atacar a las consecuencias. No podemos dejar que la crisis nos haga olvidar la apuesta por la convivencia y la dignidad humana.

Pedro Gabo

Colabora con Huelva Acoge



(Publicado en "VIVA Huelva" el 1º de Abril 2011)